



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO  
FUNDACIÓN ISABEL CACES DE BROWN  
CHILE

EL BICENTENARIO EN PERSPECTIVA  
Diálogo a cuatro voces  
Historia e Integración del Cono Sur

---

Roberto Schmit, Fernando Cajías,  
Carlos Contreras y Eduardo Cavieres

INAUGURACIÓN DEL AÑO ACADÉMICO  
25 de marzo de 2010



*“La historia no predispone a ningún tipo determinado de integración; son los ciudadanos de hoy los que deben decidir sobre la integración y, llegado el caso, sobre los límites y las formas que deseen que adopte. La finalidad de la historia es más ambiciosa y menos concreta... En efecto, la historia se propone hacer más conscientes a los hombres y mujeres de Iberoamérica de que son portadores de un patrimonio común que deben conservar y acrecentar; de que ese patrimonio compartido les confiere una manera de «ser Iberoamericanos» que no se contradice con su pertenencia a una patria; y de que ese patrimonio les ofrece una plataforma excelente para saltar con ventaja hacia el futuro”.*

OEI, Enseñanza de la Historia de Iberoamérica, Organización de Estados Iberoamericanos; Madrid 1999.

La Inauguración del Año Académico en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso es uno de los hitos más relevantes de cada período universitario. Permite, además, conmemorar con las debidas solemnidades la fecha fundacional en la que esta Universidad abrió sus puertas, un 25 de marzo de 1928.

Este año en el que en nuestro país, al igual que en otros de América Latina, se conmemora el Bicentenario, pareció conveniente llevar a cabo una Lección Inaugural diferente a la usual, de modo de poner de manifiesto las bases y trayectorias de desarrollo de nuestra República en una mirada de conjunto con las de las repúblicas vecinas (Argentina, Bolivia y Perú), para la construcción de un futuro más promisorio y sólido en las relaciones de buena vecindad. Dicha Lección está concebida como un aporte en la dirección planteada por la invitación que nos hizo a las Universidades Católicas de América Latina reunidas en Antofagasta, Chile, en septiembre de 2009, el Presidente del CELAM y Arzobispo de Aparecida, Brasil, Monseñor Raymundo Damasceno, mediante carta del 20 de agosto de ese mismo año.

Todo lo anterior implica, en cierta forma, dar expresión en otro escenario a un trabajo en el que nuestra Universidad ha puesto un especial empeño desde comienzos de la década del 2000. Fruto de éste son las ediciones de los libros «**Chile-Perú, Perú-Chile, 1820-1920: Desarrollos Políticos, Económicos y Culturales**»; y, «**Chile-Bolivia, Bolivia-Chile, 1820-1930: Desarrollos Políticos, Económicos y Culturales**». Además, cabe consignar que nuestra Universidad es la sede nacional de la Cátedra San Martín, surgida de acuerdos bilaterales entre los gobiernos de Chile y Argentina, la cual tiene su correspondiente par en la Cátedra O'Higgins radicada en la Universidad Nacional de Cuyo.

## EL BICENTENARIO EN PERSPECTIVA

### Diálogo a cuatro voces

### Historia e Integración del Cono Sur

I. Desde el siglo XVI hasta inicios del siglo XIX, los territorios que actualmente forman parte de los estados nacionales del sur del Perú, de Bolivia, del norte argentino y de Chile, constituían un amplio e integrado espacio social, económico y financiero. Desde entonces, la emergencia de una creciente producción minera de plata en el Alto Perú dio inicio a fuertes impulsos de creciente oferta y demanda de cuantiosos tipos de bienes. Estos intercambios fueron articulando la conformación de una intensa red de circuitos mercantiles que, en función de abastecer aquellos mercados y los de muchas urbes intermedias, unieron bajo unos mismos movimientos a las producciones regionales y a los bienes ultramarinos que ingresaban por los puertos del Callao y Buenos Aires.

Con las llamadas reformas borbónicas, durante el siglo XVIII, aquel entramado espacial alcanzó mayor especificidad al crearse el Virreinato del Río de la Plata. Junto con la Capitanía General de Chile,

al habilitarse a los puertos de Buenos Aires y Valparaíso para el comercio legal con ultramar, esos espacios tuvieron de allí en más un mayor reconocimiento en cuanto a su jerarquía administrativa, a lo que se sumó un entramado fiscal entre las diversas cajas reales, con la finalidad de financiar de manera conjunta las necesidades del territorio, la defensa de los puertos de ultramar y los puntos fronterizos de los dominios españoles.

A la par de aquel fortalecimiento del proceso de integración espacial, se fueron articulando notables vínculos sociales a partir de relaciones comerciales y productivas que tuvieron como base fuertes vínculos familiares y de paisanaje. Así, en un contexto de débil presencia institucional y de incertidumbre en los negocios, las alianzas familiares y personales representaron valores fundamentales para generar confianza y dar seguridad a los tratos, al tiempo que crearon sólidas redes de solidaridad entre diversos grupos instalados en lugares tan distantes como Buenos Aires, Salta, Potosí, Oruro, La Paz, Lima o Valparaíso.

Por cierto, este espacio económico y social integrado estuvo marcado por la dependencia americana a las políticas metropolitanas españolas que, a través de sus limitaciones comerciales mercantilistas, intentaba mantener el predominio de las casas comerciales españolas en América o en Europa. También la sociedad colonial, desde sus orígenes, estuvo articulada a partir de una concepción de órdenes o castas, es decir del principio de desigualdad, pues los individuos eran diferentes y por tanto tenían distintos derechos y beneficios. Particularmente, mestizos, aborígenes y esclavos tenían grados muy disímiles de capacidades jurídicas dentro del mundo colonial. Así, gran parte de los beneficios que tomaba la monarquía española a través de los tributos e impuestos, así como los peninsulares en la metrópolis o en América –fruto de sus actividades mineras y mercantiles- estaban basados en aquellos privilegios de casta o de sangre. Valga recordar como ejemplo que a lo largo de tres siglos los mitayos indígenas fueron explotados en las actividades mineras y rurales, y los tributos indígenas estrangulaban cada

vez más las capacidades de reproducción de las comunidades aborígenes. Asimismo, desde 1780 los mayores gravámenes de los impuestos de alcabalas y nuevos tributos amenazaron extenderse a todas las castas sociales, provocando un potencial aumento de la carga fiscal imperial. Junto a ello, las reformas borbónicas también intentaron instalar otra supremacía en torno a la gestión de la política y la administración real, por la cual los criollos o americanos emergían como segundones de los peninsulares, que a ojos del orden colonial representaban el más puro y verdadero sentimiento de virtud y amor al Rey y al imperio español.

Por todo ello, a fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX numerosas tensiones y rebeliones recorrieron el mundo sudamericano. Las mismas fueron fruto de fricciones internas surgidas dentro de esos espacios y fueron acompañadas por la emergencia y recepción de las novedades e influencias externas. En este último plano, la independencia de las colonias inglesas en la Revolución Norteamericana y sobre todo los sucesos europeos empujaron a crear un nuevo contexto muy particular en el cual emergió una sumatoria de tensiones locales, junto a la extrema inestabilidad metropolitana que, desde 1808, marcaría el rumbo de la caída del poder colonial y la emergencia del proceso independentista en Sudamérica.

Por entonces, la revolución francesa esparcía nuevos preceptos ideológicos contra los poderes de antiguo régimen de las monarquías imperiales, al mismo tiempo que planteaba los Derechos del Hombre, que abolía los fundamentos de la desigualdad de derechos para permitir el surgimiento del ciudadano, que viviría en un renovado mundo de igualdad. Pero más allá de la circulación y apropiación de las ideas, en el corto plazo las fuerzas militares desplegadas por Napoleón terminaron invadiendo España y tomando por la fuerza a la monarquía española, lo cual abrió una extraordinaria coyuntura de acefalía de poder en la metrópolis y la retroversión de la soberanía del Rey a los territorios americanos.

De este modo, desde 1808, y durante más de una década, emergerían en América nuevos gobiernos que inicialmente fueron organizándose en nombre del Rey Fernando VII, cautivo de los franceses, para luego, en una abrupta transición, ir tomando de la mano de los patriotas americanos el camino de la independencia a través de la ruptura del vínculo con la monarquía española. Ya para 1811, en Buenos Aires, un significativo miembro de la Primera Junta de Gobierno publicitaría los primeros preceptos que abrían el camino a la libertad, rompiendo los lazos de dependencia colonial y proclamando la conformación de una nueva soberanía política y de renovados derechos de los hombres. Moreno sostuvo que las autoridades legítimas derivaban todas en su origen de los pueblos, ya que ellos representaban la ley suprema y la suma de todas las instituciones políticas, y por tanto no debía el pueblo permitir que se abusase de él, ya fuera por parte del Rey o de quien representase al pueblo. Al mismo tiempo, explicitó la necesidad imperiosa de elaborar nuevos reglamentos y leyes de igualdad y libertad para las distintas castas y etnias que tenía en aquel momento la sociedad. Pasarían varios años de luchas internas para terminar de asegurar el triunfo de las nuevas libertades americanas, fruto en gran medida de las gestas políticas y militares de los patriotas, que tras los libertadores José de San Martín, Bernardo O'Higgins, Simón Bolívar y José Antonio de Sucre, darían fin en la década de 1820 al dominio español en Sudamérica, permitiendo instaurar definitivamente la libertad y la independencia en los países de la región.

Para entonces surgieron preguntas claves: ¿cómo emergía la nueva soberanía heredera de la gesta independentista?, ¿era una soberanía unificada o fragmentada? En estas cuestiones, el republicanismo y los ideales confederados de los pueblos impusieron al viejo espacio virreinal una nueva realidad de fragmentación del antiguo territorio unificado, abriendo un paso lento y conflictivo a la constitución legítima de los estados nacionales. Estos estados comenzaron a operar en la conformación e invención de nuevos territorios que, en buena medida y



con ritmos desiguales, llevaron a una larga saga de conflictos hasta su definitiva consolidación entre las décadas de 1840 y 1890.

¿Qué ocurrió entonces con aquel espacio social, económico y fiscal integrado de los tiempos coloniales? Las repúblicas emergentes de la independencia desplegaron la construcción del Estado dentro de la región en competencia por el control del territorio así como por la constitución de una nueva fiscalidad. Ambas cuestiones se dispararon en pos de monopolizar dos instrumentos básicos para la subsistencia estatal, como eran la definición del monopolio sobre el control territorial de las nuevas soberanías y la imposición de la fiscalidad para dotar de recursos públicos al Estado. A ello se sumaría la emergencia o invención de las identidades nacionales y, más tardíamente, la definitiva integración del mercado interno y la imposición y reconocimiento de las diversas fronteras nacionales.

Estos procesos operaron sobre una realidad ambigua y conflictiva en torno a la lenta desestructuración de los antiguos espacios económicos y sociales coloniales que, durante la primera mitad del siglo XIX, convivieron en un mundo mixturado entre las nuevas tendencias y la persistencia de antiguos patrones de intercambio. Más tarde, durante la segunda mitad de la centuria, se aceleró la definición de los intereses nacionales de cada uno de los estados sudamericanos. Ya desde fines del siglo XIX y para principios del XX se acentuó la consolidación del nacionalismo, que tanto desde el plano económico-social como ideológico y político, potenciaría la competencia y las fricciones entre esos estados desdibujando definitivamente aquellos legados coloniales comunes en Sudamérica.

En Argentina, en particular, al igual que muchos otros casos de América Latina, la historiografía liberal construyó una literatura nacional que partía del supuesto de la preexistencia natural de la nación y su identidad pura desde fines del siglo XVIII. Según la misma, desde la

Revolución de mayo de 1810, la actual Argentina ya habría estado signada por el particularismo de su espacio y por su economía y sociedad, ya por entonces nacional, dejando de lado las trayectorias históricas comunes del período tardo-colonial y de la primera mitad del siglo XIX. Más tarde, la escuela histórica revisionista replanteó el panteón de hitos y héroes nacionales, y reinterpreto parte de aquellos procesos de construcción del estado nacional incorporando nuevos actores, pero sin discutir las premisas del punto de partida liberal sobre la transición entre el pasado colonial y la etapa republicana.

Asimismo, durante buena parte del siglo XX, las fricciones y las estrategias particulares de competencia de las naciones sudamericanas llevaron a acrecentar sus políticas unilaterales, sin replantearse los legados comunes ni las potenciales trayectorias regionales integradas. Sin duda, en un marco inicial de fuerte especialización y más tarde de competencia neoliberal, no se fomentó ni muchas veces hubo libertad suficiente para promover una visión integrada que potenciara al mismo tiempo lo propio y se complementara con sus naciones vecinas.

A la luz de una nueva realidad se pueden repensar las naciones y su historia, por lo menos desde la década de 1980 cuando regresó la democracia a las naciones sudamericanas y fueron surgiendo nuevos paradigmas para reflexionar sobre la cuestión nacional y la regional, dentro de un contexto histórico común y de una perspectiva futura. Actualmente, en vísperas de festejar el bicentenario de la revolución quizás podemos acordar que existen una serie de cuestiones que nos caracterizan: en primer lugar, hemos recuperado los legados coloniales para entender que ya habíamos transitado una historia común de intercambios materiales y culturales, por lo cual somos “hijos de la misma libertad” que se gestó allá a inicios del siglo XIX. En segundo lugar, sin duda ahora los estados nacionales ya son realidades maduras que no tienen pendientes aquellas enormes luchas desatadas en el pasado por lograr su constitución básica sobre el territorio y la sociedad, de forma

que los intereses nacionales pueden encontrar otros modos de articularse. Finalmente, en tercer lugar, es que actualmente con las libertades garantizadas por los sistemas democráticos, podemos desplegar una visión que privilegie la flexibilidad y los acuerdos institucionales por sobre los particularismos. Por tanto, en base a este denominador común, estarían dadas las condiciones para gestar un aceleramiento del proceso de integración o asociación en bloques de las naciones sudamericanas. Ese camino nos puede brindar una arena fructífera para volver a disponer de sólidos intercambios en un nuevo espacio común que, esta vez, a diferencia de los tiempos coloniales, se puede construir para beneficio mutuo en libertad, en igualdad y en equilibrio entre nuestros estados soberanos y sus múltiples actores.

---

**Roberto Schmit**

Doctor en Historia, especialista en historia económica y profesor en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad General Sarmiento. Es autor de numerosas publicaciones, investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina y miembro de la Asociación Argentina de Historia Económica.



II. El proceso hacia la Independencia ha merecido numerosos estudios históricos en los siglos XIX y una buena parte del siglo XX, pero en las últimas décadas no ha sido un tema prioritario y, por lo menos en el caso de Bolivia, pasó a segundo plano. Gracias a la conmemoración del Bicentenario de varias rebeliones hispanoamericanas, contra el mal gobierno, que se dieron entre 1809 y 1810, con profundas repercusiones en los años posteriores, nuevamente el tema ha concitado un gran interés en ambientes académicos, políticos, en los medios de comunicación y en diversos espacios de la sociedad civil.

En Bolivia, durante el pasado año de 2009, se han realizado importantes actos protocolares para conmemorar tanto el bicentenario del grito libertario de Chuquisaca (25 de mayo) como el de La Paz (16 de julio). A más de las importantes loas a los protomártires de la

independencia, surgieron importantes cuestionamientos, influidos por la situación política y social que actualmente vive el país, prueba de la influencia del presente en el análisis del pasado.

A fines del siglo XIX y, sobre todo en la primera década del siglo XX, la pugna entre Sucre y La Paz por la hegemonía en el país y la sede del gobierno, que desembocó en la terrible Guerra Federal con resultado favorable para La Paz, influyó profundamente en el análisis e interpretación de los hechos y en el discurso de los movimientos libertarios de ambas ciudades. Entonces, uno de los debates más encendidos fue en torno a cuál de los movimientos fue el primogénito de la independencia. No había duda que, de acuerdo al calendario, mayo está antes que julio; pero aludiendo a discursos más radicales, como la Proclama de la Junta Tuitiva o al Plan de Gobierno de los revolucionarios de La Paz, el argumento de los historiadores paceños fue el de la calidad de su movimiento.

El tema que cobró más importancia en el 2009, acorde con nuestro presente, fue el de la participación indígena en los movimientos de 1809, tanto en los hechos concernientes a la Guerra de la Independencia como en la fundación de la República. La polémica más encendida fue la consideración de la Sublevación General de Indios de 1780 – 1782, acaudillada por los Catari y los Amaru, como independentista o solamente como movimiento social antifiscal. Esta última discusión tiene mucha importancia. Si la consideramos sólo como una sublevación económica y social para eliminar los abusos que sufrían los indios, especialmente a consecuencia del reparto, estaríamos dentro de la corriente de dividir la historia en dos caras: la de los criollos- mestizos y la de los indígenas, por lo que Túpac Catari sería héroe de los indígenas y no de todo el país (hoy los retratos de Túpac Catari y su esposa Bartolina Sisa comparten con Simón Bolívar el mayor sitio en el edificio de la Asamblea Plurinacional). En cambio, si la consideramos como parte

del proceso hacia la independencia integraríamos tanto la historia como a las naciones que componen nuestro país.

Para ello, no es necesario forzar los documentos, ni desconocer la profunda y violenta protesta contra los seculares abusos que sufrían los indios, pero no puede dejar de considerarse que, en sus inicios, la Sublevación General de Indios fue lucha contra el mal gobierno y se caracterizó por una guerra a muerte contra el corregidor, pero luego se extendió contra todas las autoridades españolas y contra todo europeo peninsular; en algunos sitios, como La Paz, es cierto, se radicalizó aún más en una guerra del campo contra la ciudad.

Qué más independentista que la coronación de Túpac Amaru como Inca y qué más integrador que su llamado a todos los americanos a unir fuerzas contra el europeo. Es cierto que el llamado de Túpac Amaru sólo tuvo eco en Oruro, donde se produjo una profunda alianza criolla - indígena en la sublevación del 10 de febrero de 1781, una alianza que duró pocos días. Es cierto también que un siglo después, en 1899, la alianza entre criollos liberales y los indígenas acaudillados por Zarate Willca también fracasó; pero también es cierto que la alianza sí tuvo éxito en la revolución de 1952 y, actualmente, en el gobierno de Evo Morales. Para evitar equívocos, es importante resaltar que las alianzas nunca fueron entre todos los indígenas y entre todos los criollos. Si traigo este tema al recuerdo, es porque en nuestra condición de historiadores tenemos como misión ayudar a construir la patria grande y, eso pasa necesariamente, especialmente en el ahora denominado Estado Plurinacional de Bolivia, por contribuir, en primer lugar, a la integración de Bolivia. Metafóricamente, eso significa que los héroes de una nación sean también los héroes de las otras y que todo, aún la historia de los conflictos, es parte de una sola historia. Lógicamente, ello nos lleva a espacios mayores e incluso a las relaciones entre diferentes estados-naciones latinoamericanos.

Lo importante es llegar a este convencimiento, no sólo por la vía del sentimiento o la necesidad política, sino a través de profundos estudios con base documental que permitan destacar, en medio de muchos puntos de desencuentro, puntos de encuentro, como en el caso del proceso de la independencia, pero también en la historia de Bolivia y de Bolivia con sus países vecinos a lo largo de los siglos XIX y XX.

Otro tema de análisis, es el referido a los protagonistas y objetivos de los movimientos juntistas surgidos a partir de 1809. En la gran mayoría de esos movimientos, la principal protagonista fue una parte de la élite criolla. En Chuquisaca, oidores de la Audiencia y abogados de alcurnia como los Sudané; en La Paz, hacendados de la coca como Sagárnaga, Loayza y los hermanos Lanza; en Venezuela, la oligarquía de Caracas destacando Simón Bolívar de noble cuna; lo mismo en Chile con la oligarquía de Santiago, en Ecuador con la de Quito, en Colombia con la de Santa Fe de Bogotá, y en Buenos Aires con la emergente burguesía mercantil criolla.

Esta constatación de la élite criolla como la gran protagonista de los movimientos juntistas, también ha originado interesantes debates: ¿por qué el acaudalado Nariño en Colombia, el noble Bolívar en Venezuela, acaudaladas familias como los Larraín y los Carrera en Santiago, exitosos hacendados y abogados como Sagárnaga y los Lanza en La Paz, el Marqués de Selvaalegre en Quito, arriesgaron tranquilidad, vida y fortuna por la causa de la independencia, adoptando inclusive la ideología librepensadora difundida por la Revolución Francesa?

¿Fue sólo interés económico? La élite criolla, a pesar de gozar de buenos ingresos, se sentía relegada, no sin razón, del poder político y es obvio que lo deseaba, más aún cuando Napoleón les dio la oportunidad al invadir España y el pueblo español les dio el ejemplo en la puesta en práctica de la soberanía popular. Es importante destacar que los criollos, comprometidos con las respectivas revoluciones contra el mal gobierno, arriesgaron para ello vida y fortunas y, de hecho, muchos las perdieron.



En todo caso, el pueblo no estuvo ausente. En los hechos del 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca y en el del 16 de julio de 1809 de La Paz, así como en el 20 de julio de 1810 en Bogotá, la plebe apoyó decididamente el proceso de cambio. Inclusive en la Junta Tuitiva de La Paz participaron, como miembros, caciques indígenas. No obstante, el gran protagonismo de las muchedumbres y de sus líderes sobrevino después, cuando la guerra se trasladó al campo y nació la guerrilla, la lucha de los montoneros. Líderes como José Miguel Lanza y Juan Manuel Cáceres, jefe de los indígenas de Pacajes en La Paz, los esposos Padilla en Chuquisaca, el Moto Méndez en Tarija, Manuel Rodríguez en Chile, Warnes en Santa Cruz y otros muchos hicieron daño al enemigo, pero al final no fueron protagonistas de la victoria. Pocos sobrevivieron al fin de la guerra y los que lo hicieron no ocuparon puestos importantes en los nuevos gobiernos republicanos.

Desde que Napoleón invadió España, tres corrientes políticas disputaron el poder en Hispanoamérica: los realistas que planteaban mantener el gobierno en América sin ningún cambio y bajo dependencia de autoridades españolas; los autonomistas que planteaban un gobierno propio, pero a nombre de Fernando VII, y los independentistas que planteaban la ruptura total con España. Esta última corriente se sobrepuso a los autonomistas y la idea de real independencia sólo se consolidó plenamente ante la actitud estúpidamente hostil de Fernando VII, que retornó como si nada hubiera pasado durante su agradable prisión, dejando de ser el deseado para convertirse en indeseable.

Los cambios económicos y sociales también se plantearon; el libre comercio fue bandera importante de lucha, especialmente en Chile, Argentina y Venezuela. El fin de los abusos a los indios fue la bandera principal de la guerrilla de Cáceres, así como de Castelli, el jefe jacobino del primer ejército auxiliar argentino que llegó al Alto Perú. Los realistas - partido que no sólo estuvo compuesto por españoles, sino también por criollos, pardos, mestizos e indios (los llaneros de Boez, un paradójico ejemplo, o los ejércitos de Goyeneche y el Virrey Abascal de

Lima)- demostraron ser sanguinarios como valientes y en algunos casos testarudos defensores de su causa. En un momento, ante la incapacidad de algunas élites criollas de popularizar la causa independentista, los realistas consiguieron apoyo popular, pero lo perdieron cuando sus jefes militares no aprovecharon su gran momento de victoria, cuando recuperaron casi todo el territorio americano entre 1815 y 1816 y, en lugar de aceptar reformas imprescindibles, trataron de volver como los Reyes de la Santa Alianza a épocas tan arcaicas como las previas a la Revolución Francesa y fracasaron rotundamente.

Caudillos americanos aprendieron de la derrota. No bastaban movimientos urbanos y montoneros mal armados, eran necesarios ejércitos disciplinados, bien armados, y así los Ejércitos Libertadores lograron, no sin grandes dificultades, la victoria final. San Martín, O'Higgins, Bolívar y Sucre, entre otros muchos, protagonizaron la hazaña. Esos jefes triunfantes, a poco de las fiestas del triunfo que los llenaron de flores, laureles y guirnaldas, fueron vistos como forasteros en las tierras liberadas. Una nueva corriente autonomista - independentista se formó durante la larga Guerra de la Independencia sobre la base de largos siglos de gobiernos intermedios, más sólidos que los grandes Virreinos.

Buenos Aires logró que los realistas no volvieran nunca a su ciudad, pero, pese a sus esfuerzos, no logró mantener el gobierno sobre Paraguay, Uruguay y Charcas. La Gran Colombia se mantuvo unida unos pocos años, pero se quebró finalmente en 1830. La Asamblea que fundó Bolívar fue enfática en declarar la independencia, pero también en proclamar: ni Lima, ni Buenos Aires, sino una nueva República. A los tres años, cuando Sucre fue derrocado del gobierno, se añadió ni Colombia. ¿Cuándo el discurso americanista se cambió por un discurso localista? José Gabriel Túpac Amaru se proclamó Inca de todos los americanos; en la sublevación de Oruro de 1781, el chileno Diego Flores fue uno de los protagonistas principales. En los movimientos junristas de la primera fase de la Guerra de la Independencia, no había las distinciones que surgieron décadas después, así el potosino Cornelio Saavedra fue el primer presidente de la Junta de Buenos Aires; el peruano

Buenaventura Bueno y el tucumano Medina fueron parte de la Junta de La Paz; los guerrilleros Lanza y Padilla, se consideraban al servicio de Buenos Aires hasta muy entrada la guerra, y así muchos ejemplos.

Conocemos la historia posterior republicana. También, paralelamente, existen ejemplos que prueban que el sentimiento de patria chica ya estaba afincado en muchas almas de los patriotas; las contradicciones entre gente de Santiago y Concepción; entre gente de La Paz y Chuquisaca; entre Buenos Aires y el interior; entre Bogotá y Cartagena, estuvieron presentes desde el inicio de la guerra, contradiciendo a los convencidos de la complementariedad y el americanismo. Lo cierto es que americanistas, como los jefes de los ejércitos libertadores, recibieron la gratitud de los pueblos manteniéndolos en su memoria, pero sus ideas de la patria grande fueron vencidas y a lo largo de dos siglos se han construido estados - nación o estados plurinacionales, pero no el Estado - Latinoamericano.

Sin embargo, desde hace un par de décadas, existen muchas iniciativas de integración latinoamericana; al igual que la incorporación plena de los indígenas a los estados y la integración entre nuestros países. La construcción de la patria grande es un desafío del presente, y por ello los bicentenarios deben servir también para reflexionar profundamente sobre este tema, entre otras cosas, para redescubrir en qué momento y por qué se desvaneció el americanismo tan necesario para la integración de nuestros países. Análisis que sirva de cimiento histórico para seguir construyendo el americanismo del siglo XXI.

---

Fernando Cajías de la Vega

Doctor en Historia, profesor e investigador en la Universidad Mayor de San Andrés y en la Universidad Católica Boliviana. Es académico visitante en instituciones extranjeras, autor de múltiples publicaciones, ex embajador, ex diputado y Presidente de la Academia Boliviana de Historia.



**III.** La cercanía del bicentenario de la independencia es una ocasión propicia para reflexionar acerca de lo avanzado por nuestras naciones en diversas tareas propias de los estados nacionales, como la integración social, el desarrollo económico y el bienestar, el afianzamiento de la cultura local y la integración internacional. A doscientos años de acontecida, hoy se nos hace evidente que la separación política respecto de España y, con ella, la conquista de una autonomía para dictar y aplicar las normas que regirían la vida de nuestras sociedades, no resolvía por sí sola los problemas más acuciantes de las nuevas repúblicas. Entre éstos tendríamos que mencionar la falta de infraestructura material y de transporte, la poca preparación de la población para mejorar su capacidad de producción y, en consecuencia, su estándar de consumo, así como la carencia de una base cultural común que posibilitase el trazado de metas y compromisos conjuntos. Todo lo contrario, la autonomía política ganada desnudó estas fallas y creó nuevos

problemas antes inexistentes, como el desorden político interno y las guerras por mover un poco más acá o más allá las fronteras, lo que, especialmente en Perú y Bolivia, volvió a las repúblicas más dependientes de la casta militar que del poder civil.

La autonomía para decidir algo no implica que la decisión adoptada vaya a ser mejor, desde el punto de vista de los gobernados, que una decisión impuesta externamente. Lo ocurrido con los gobiernos post coloniales en el mundo después de la Segunda Guerra Mundial ha sensibilizado a la humanidad con la idea de que, si bien la independencia de una comunidad política es algo bueno a largo plazo, debe tenerse sumo cuidado en que la entidad a crearse cuente efectivamente con una comunidad política que la sustente y no sea solamente una repartición colonial incapaz de autogobernarse, y en que la transición del régimen colonial al régimen de libertad incluya una experiencia progresiva de autogobierno. Si el gobierno de la nueva nación cayera en manos de una camarilla egoísta, o si la población careciera de las organizaciones y las prácticas que le permitan vigilar la acción del gobierno, o si fuera difícil que aquélla se ponga de acuerdo en cuáles deben ser las medidas a tomar respecto de tal o cual situación, seguramente los habitantes de las nuevas repúblicas comenzarán a estimar más favorablemente la experiencia pasada que la nueva. De hecho, esto ocurrió en varias naciones latinoamericanas unas décadas después de la independencia, en las que grupos importantes de la intelectualidad y la política comenzaron a hablar del “fracaso” de las nuevas repúblicas y de la necesidad de buscar la protección de alguna de las poderosas monarquías europeas, incluso cuando esto implicara una renuncia de la autonomía política de la nación.

El asentamiento del nuevo Estado independiente y republicano fue por ello la primera tarea después de la independencia y, dada la estructura social y la cultura política de las poblaciones, no debe sorprender que dicha adaptación haya tomado prácticamente todo el lapso que medió hasta el final del siglo XIX. Recién entonces, al menos

en el caso del Perú, que es el que mejor conozco, los gobiernos comenzaron a rotar de acuerdo a elecciones realizadas conforme al ordenamiento legal y las instituciones fundamentales del orden republicano (congreso, cortes judiciales, partidos políticos, fuerzas armadas, presupuesto nacional) pasaron a funcionar con cierto orden y regularidad. Todavía así, durante la segunda centuria de vida independiente, menudearon en el Perú los golpes de estado (tuvimos seis, cuando aún no termina la centuria, lo que, de no incrementarse de aquí hasta el 2021, daría un promedio mucho mejor que el de la primera centuria) y la corrupción en el gobierno y, hasta el día de hoy, es difícil que la población se ponga de acuerdo en temas básicos para el futuro del país, como, por ejemplo, qué servicios deben ser públicos o privados, si debe hacerse carreteras en la Amazonía, o si debe consentirse las actividades mineras en zonas de producción agrícola.

Uno de los obstáculos más férreos para la instauración del orden republicano era, como ya lo advirtieron los ensayistas de la segunda mitad del siglo XIX, la extrema heterogeneidad social y cultural vigente entre la población. De ordinario, se trata de una característica típica de las naciones “post coloniales”. A los descendientes de los grupos de colonos y colonizados, que ya suelen estar bastante diferenciados en términos de poder político, posición social y capacidad económica, suelen añadirse los descendientes de los grupos de trabajadores foráneos insertados por el gobierno colonial, en calidad de capataces, esclavos u operarios serviles. Convertir a los “criollos”, “indios” y “negros” en “peruanos”, “bolivianos” o “chilenos”, es decir en sujetos nacionales igualados en deberes y derechos, no fue tarea sencilla. De hecho, para Bernardo Monteagudo, el asesor político del general San Martín en el Perú, se trataba de un obstáculo suficientemente grave como para desechar la opción republicana y preferir el modelo monárquico de gobierno, más propio, según él, para gobernar poblaciones heterogéneas y enfrentadas.

La exclusión, al menos “temporalmente”, del cuerpo de ciudadanos de los grupos más débiles o que, al juicio interesado de quienes controlaban el poder, se adaptaban menos al nuevo orden, fue una de las medidas más socorridas por las nuevas naciones. Así, los esclavos no fueron considerados ciudadanos en las constituciones, a los analfabetos se les retaceó en el Perú el derecho al voto hasta 1980 y los quechua hablantes quedaron en la práctica proscritos de la ciudadanía, al practicarse el idioma castellano como el único idioma oficial de la República. Mientras más grande fuera la población excluida de la ciudadanía, más precario era el gobierno, por su falta de legitimidad y consenso. Las “rebeliones indígenas” fueron uno de los sucesos críticos y “típicos” en la vida de las repúblicas andinas hasta el día de hoy, al tiempo que un temido fantasma en la mentalidad de las poblaciones criollas y mestizas. Pero eran la única forma de “representación política” que el excluyente sistema político dejaba a estas poblaciones.

A la heterogeneidad demográfica había que sumar las dificultades en la comunicación. Enormes distancias cubiertas de cordilleras, desiertos y quebradas separaban a escuálidas poblaciones que difícilmente podían llevar una vida común y, en consecuencia, desarrollar proyectos compartidos. El capital necesario para salvar los obstáculos del territorio era desproporcionadamente grande para los débiles recursos fiscales de las nuevas naciones. Recién en la segunda mitad del siglo XIX comenzaron a montarse ferrocarriles y telégrafos destinados a mitigar esta falencia, pero en el caso peruano no sería hasta finales del siglo XX (es decir, virtualmente hasta ayer) cuando realmente el Estado Nacional pudo cobrar un control real y efectivo del territorio.

Por paradójico que resulte, el aislamiento de las regiones favoreció el centralismo, que es otra de las características de nuestras repúblicas (quizás algo menor en Bolivia). Las grandes diferencias en desarrollo económico y social entre las regiones promovieron la erección de un fuerte poder central capaz de balancear dichas disparidades y obligar a



las regiones ricas a derivar recursos hacia aquellas que no podían cubrir con sus ingresos los gastos de su administración. La desigualdad alimentaba así al centralismo y éste, con las ventajas que daba a quienes se ubicaban en el centro, promovía una mayor desigualdad, en un perverso círculo vicioso.

El problema de la legitimidad y efectividad del estado republicano no ha quedado ya “resuelto” en los países andino sureños, pero el bicentenario de la independencia lo encuentra más asentado y normalizado. En el caso peruano sucede el problema de que la crisis de los partidos políticos oligárquicos ocurrida en las últimas décadas del siglo XX, no ha dado paso todavía a un nuevo tipo de organización partidaria, de masas, que permita la incorporación y el ascenso de militantes populares, más allá del “imperio” de un caudillo carismático. Las contiendas electorales no se han estabilizado alrededor de una competencia entre partidos que representan las distintas opciones ideológicas o programáticas de la población, sino que discurren entre cambiantes corrientes de opinión que eventualmente encuentran un “portavoz” eficaz. En la medida que éste vaya mostrando buenas posibilidades electorales será rodeado de “asesores” y “técnicos” que al final no guardan con la “organización partidaria” (improvisada para la elección) ninguna lealtad ni compromiso.

La integración social de la población también ha hecho avances, a través del mestizaje cultural y biológico, aunque éstos resulten a su vez neutralizados por formas más sutiles de discriminación. Por ejemplo, aunque la castellanización de la población se ha vuelto ya mayoritaria, el dominio del castellano por parte de los distintos grupos sociales y territoriales varía enormemente, premiándose social y laboralmente la variante propia de las élites. Para los empleos mejor remunerados suele exigirse el dominio de una segunda lengua, que no es la nativa, sino el inglés o algún otro idioma europeo para cuyo aprendizaje los grupos sociales más bajos topan con mayores barreras.

El mayor o menor éxito conseguido en el afianzamiento del Estado y las instituciones republicanas tuvo su consecuencia en el progreso en materia económica. Un gobierno con consenso y capacidad de imponer la ley pudo impulsar políticas de promoción de la producción y el comercio orientadas a mejorar el empleo y los salarios, mejor que uno débil y con apoyos precarios. No se ha podido, sin embargo, romper con la dependencia del modelo primario exportador heredado de la época colonial. En parte, por la falta de integración entre nuestras naciones, de las que luego hablaré. Poblaciones relativamente pequeñas, dispersas en un territorio difícil y con ingresos muy mal repartidos, no eran un escenario propicio para el desarrollo de un mercado interno. Las oportunidades de negocio se buscaron entonces en los lejanos mercados del hemisferio norte, donde solamente éramos competitivos en vender materias primas como metales o productos agrícolas y ganaderos.

No debe sorprender que también los gobiernos buscasen sus ingresos en aquellos derivados del comercio internacional antes que en las transacciones en el mercado interno, y que, en consecuencia, alentasen el desarrollo de las exportaciones primarias. La guerra del salitre, entre 1879-1883, expresó bien hasta dónde los gobiernos, y las oligarquías que los controlaban, eran capaces de llegar con tal de asegurarse los ingresos fiscales obtenidos de la exportación primaria. En la medida que las oligarquías económicas se formaban, asimismo, alrededor de los negocios de exportación de materias primas, su involucramiento y hasta identificación con el Estado, que era quien como dueño del subsuelo dispensaba la autorización para la explotación del territorio, resultaba clave. De donde hemos tenido élites económicas politizadas y centralistas. Aunque las teorías del desarrollo no condenan totalmente la vía de las exportaciones primarias como un camino posible, sí advierten de sus dificultades: emigración de las utilidades por la presencia dominante de capitales extranjeros, situaciones de oligopolio en la propiedad por la importancia que cobran las economías de escala, pocos (aunque bien

remunerados) empleos directos e indirectos a la población local, con la consiguiente desigualdad en la distribución del ingreso y grandes y costosos pasivos ambientales.

En algunos momentos, las nuevas repúblicas procuraron un modelo distinto de desarrollo, como la industrialización por sustitución de importaciones, alentando las industrias de transformación, pero los resultados, al menos en el caso peruano, fueron mediocres, volviéndose al final del ciclo con renovado vigor al viejo modelo exportador. Chile, mejor que Perú y Bolivia, parece haber conseguido una diversificación de su producción y sus exportaciones, y mejorado los niveles de empleo y salarios en las últimas décadas. Lo que ocurra con su desempeño económico en los próximos años influirá sin duda en el ánimo de sus vecinos para seguir creyendo en la vía de las exportaciones primarias, o para buscar un cambio de modelo.

Es más difícil intentar un balance en materia de desarrollo de la identidad cultural. Creo que si la primera centuria independiente tuvo un claro predominio de la cultura de la población criolla, en la segunda surgió dentro de esta misma población un interés por incorporar lo que ellos consideraron los “aportes” de los grupos indígenas. Esta tendencia “indigenista” se vio en todo caso confrontada o complementada con la irrupción de los propios grupos indígenas en la vida urbana costera, hasta entonces limitada a la población criolla y mestiza. Desde los mediados del siglo XX surgió lo que se ha llamado una “nueva cultura popular urbana” que, con la expansión de la radio, la televisión y las carreteras, se difundió también en el medio rural, influyendo en todo tipo de manifestaciones culturales, en lo que las élites bautizaron como la “cultura chicha” (aludiendo a una bebida de origen indio) o del “achoramiento” (una especie de actitud vulgar, atrevida e insurgente pero moderna, que no se amilana frente al resto). La cultura del achoramiento, junto con otros factores, como la influencia del maoísmo y el clasismo en la política nacional a través del movimiento sindical, estudiantil y del

magisterio, debilitó las posibilidades en el Perú de un movimiento indígena fuerte y autónomo, como el boliviano.

El tema de la integración internacional ha tenido también grandes contrastes entre la primera y la segunda centuria de vida independiente. Hasta cierto punto fue comprensible que las primeras relaciones entre Bolivia, Chile y Perú combinaran la solidaridad, como cuando se enfrentó a la expedición española de 1864-1866, con las pugnas por controlar el movimiento comercial en la región del Pacífico sur y hacerse de territorios ricos para las actividades primarias. Fronteras poco definidas durante la era colonial y la propia precariedad de los nuevos estados crearon un clima de enfrentamientos, como fue común en casi toda América Latina hasta 1880. Las guerras de la Confederación entre 1836-1839 y del Salitre entre 1879-1883 implicaron cambios en las fronteras y crisis políticas en las naciones contendoras. La segunda centuria ha debido enfrentar las consecuencias de esas dos guerras, cuya memoria histórica fue usada por la emergente historiografía de nuestros países para formar un perfil de la historia nacional. La identidad cultural de cada nación pasó a incorporar sentimientos anti vecinales al hacerse de tales conflictos la gran “guerra patria” que los enfrentamientos de la independencia no habían podido llenar.

El Tratado de Lima de 1929 definió la frontera entre Chile y Perú. Pero ahora ha reaparecido la cuestión de la frontera marítima entre ambas naciones, así como el reclamo de Bolivia por su mediterraneidad, impuesta a raíz de la Guerra del Salitre, que esperamos queden arreglados antes del bicentenario. Eso permitiría iniciar la tercera centuria de vida independiente libre de las hipotecas de las guerras del siglo XIX. El proyecto del Pacto Andino que se lanzara a finales de los años sesenta ha quedado trunco. Correspondió a los intentos de industrialización por sustitución de importaciones propios de los mediados del siglo XX y necesitaría reciclarse con nuevos objetivos para mejorar sus posibilidades como escenario de integración.

Al margen de las relaciones entre los estados, ha ocurrido sin embargo un flujo de comercio, hombres y capitales, muy eficaz para tender vínculos de unión. En los años de 1868-1876, fueron chilenos y bolivianos quienes construyeron los ferrocarriles peruanos; en los años de 1890-1925, peones peruanos y bolivianos trabajaron en las salitreras de Tarapacá y Antofagasta. Hoy existen decenas de miles de peruanos en Chile en diversos campos de la economía, así como muchos capitales chilenos en la economía peruana. No obstante, estos flujos pueden volverse también en factores de desestabilización de las buenas relaciones entre los estados, ya que como sucedió en el siglo XIX, el tratamiento fiscal dado a las inversiones del vecino puede pasar a ser un *casus belis* de forma casi repentina.

El advenimiento de una tercera centuria de vida independiente llega con la esperanza de mejores logros para las naciones andinas del sur. Consolidados sus aparatos estatales, más integradas sus poblaciones y más robustas sus economías, la situación parece propicia para establecer puentes de colaboración en materia de comercio, educación, servicios culturales e intercambio de conocimientos. Ojalá los negocios de alto calibre, los impuestos y los generales no se combinen malamente para impedirlo.

---

Carlos Contreras Carranza

Doctor en Historia, investigador y profesor de Historia Económica en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es autor de numerosas publicaciones y miembro del Instituto de Estudios Peruanos.



IV. ¿Para qué sirve estudiar historia? Esta es una pregunta de siempre, que a menudo no tiene una respuesta definitiva y convincente. No tiene respuesta definitiva puesto que la historia, como su conocimiento, cambia permanentemente de contenidos y significaciones en el tiempo. Cuando encontramos explicaciones, éstas no siempre resultan convincentes puesto que, en su complejidad, son muchas las razones por las cuales su estudio se hace necesario, pero al mismo tiempo porque las más de las veces la experiencia histórica prueba el sin sentido de las acciones humanas que tienden a estrellarse con los mismos impedimentos, haciendo dudar de las utilidades de la disciplina y, con mucha mayor razón, de que el estudio de la historia sirva para no volver a cometer los mismos errores del pasado. No obstante, y en definitiva, en estas mismas relaciones y reflexiones, se alza el gran valor de la historia: historia, maestra de vida.

Cada cierto tiempo, de acuerdo a nuevas circunstancias y requerimientos, surgen nuevas construcciones y reconstrucciones de la historia pasada. Las sociedades necesitan adecuar sus ideas e imágenes acerca de los tiempos anteriores y reforzar aquellas que les significa mantener vínculos comunes y algún espíritu de cohesión. Sin embargo, y a pesar de todo aquello, siempre hay contenidos que se consideran inalterables y que tienen que ver con los fundamentos de la existencia como sociedad.

Así entonces, las sociedades están implicadas en resolver qué es lo que se transmite de la historia y el cómo ella se transmite. Tanto en el mundo antiguo, como en tiempos contemporáneos, se privilegia fundamentalmente el transmitir aquello que dice relación con lo público y con lo que sostiene el ser nacional, es decir, lo que legítimamente se observa como lo propio y lo que diferencia de los demás. Cuando en el siglo XIX, en pleno apogeo y maduración de las naciones-estados europeos, se buscaba legitimar sus nuevos espacios y la reintegración o reunificación de aquello que en el tiempo había estado dividido, se acudió a los grandes textos de las crónicas universales medievales, recreando grandiosos pasados en que la leyenda y la realidad histórica se complementaron satisfactoriamente para dar contenidos profundos al nuevo nacionalismo que había que construir. En el siglo XIX se contaba, además, y favorablemente por primera vez en la historia de occidente, con una institución de primera importancia en la generación de esas identificaciones comunes: los sistemas nacionales de educación.

América Latina sigue en una situación de construcción de sus contenidos y de sus relaciones. Aún hoy, se encuentra sumida en una permanente serie de conflictos internos y externos en cada uno de los países que le conforman. Y no me refiero sólo a los remanentes de los movimientos sociales organizados de carácter urbano del siglo XX, sino más bien a situaciones que tienen que ver con grandes problemáticas históricas aún no superadas, de las cuales las más persistentes resultan



ser las serias exclusiones sufridas por los grupos étnicos tradicionales o las continuas apelaciones a relaciones conflictivas con los países vecinos. Las inestabilidades políticas de Colombia, de Ecuador, Perú y Bolivia, con una fuerte incidencia de relaciones étnicas desiguales, o los permanentes residuos de guerras pasadas, especialmente en el caso de Chile, Perú y Bolivia, son muestras de los desfases históricos existentes y de las significaciones parcializadas otorgadas a la historia.

El problema, por cierto, es una herencia del siglo XIX. Por una parte, el carácter de la época, formación de los estados nacionales, necesidades territoriales, financiamiento del aparato fiscal, insistencia en las diferenciaciones, etc. Al mismo tiempo, incapacidad o despreocupación de los gobiernos y grupos dirigentes para volcar esfuerzos y decisiones, a objeto de que las nuevas posibilidades económicas se transformaran también en desarrollos sociales profundos y permanentes. Como consecuencia, los conflictos externos se convirtieron en principales bases de las identificaciones nacionales y, en el tiempo, apelando a la historia de los mismos, buenos argumentos para solucionar problemas internos. En América Latina, el ejemplo más fuerte, dramático, con significativos efectos permanentes en las relaciones entre los países comprometidos, ha resultado ser el de la Guerra del Pacífico, que enfrentó a Chile con Perú y Bolivia, con evidentes pérdidas territoriales para los últimos, en especial para Bolivia que quedó en una situación de mediterraneidad al quedar excluida su soberanía sobre el puerto de Cobija, aún cuando tradicionalmente (y lo sigue siendo), el puerto más activo para sus actividades de importación-exportación fue Arica, antes de la guerra de soberanía peruana y, posterior a ella, de carácter chilena.

Si vamos bien atrás en la historia del conflicto, deberíamos considerar procesos anteriores a la conformación de estos estados nacionales, particularmente las incidencias de algunas de las reformas borbónicas que produjeron la desintegración parcial de espacios

regionales bien constituidos a través de la vida y el comercio colonial de modo tal que los mismos, en parte importante de sus realidades cotidianas, estaban en una etapa de reacomodo cuando sobrevinieron los movimientos de emancipación. Cuando ello aconteció y los nuevos estados requirieron de convertir espacios regionales en espacios nacionales sin clarificar de inmediato las fronteras definitivas de cada uno de ellos, surgieron desavenencias y competencias que prácticamente se generalizaron entre sociedades que habían estado organizadas institucionalmente bajo formas interrelacionadas a través de los tiempos coloniales y que, por tanto, provenían de una historia bastante común. Con todo, ninguna de estas guerras, en la perspectiva de sus exteriorizaciones, dejó tantas y tan profundas heridas como la de la Guerra del Pacífico. Por otra parte, debe también incorporarse en los análisis las formas de inserción de estos países en la economía mundial del siglo XIX y, en particular, el rol político, económico y cultural jugado por Inglaterra.

Los contenidos apropiados para la maduración de los estados nacionales se fueron dando precisamente en procesos similares entre los estados y sus requerimientos, sus necesidades y sus formas de comprometer a las respectivas sociedades de cada uno de ellos. Dados los contextos de la época, los desarrollos del capitalismo moderno, los avances de la segunda revolución industrial, particularmente a partir de la década de 1860 en adelante, vino la revalorización de nuevos territorios, la revalorización de nuevos recursos y vino también, como consecuencia, el problema de como solucionar, en América Latina, límites que no estaban claramente circunscritos a situaciones legales y que llevaron en gran parte a posibilitar y justificar diversos enfrentamientos. Todo ello ocurrió, precisamente, en esos momentos de maduración de los estados que necesitaban consolidar y reafirmar sus contenidos nacionalistas y, es evidente, que en los referentes de los tiempos a los cuales nos estamos refiriendo, es imposible soslayar el peso que naturalmente llegaron a alcanzar aquellos contenidos ligados

al concepto de patria que surgen fundamental y precisamente de los hechos gloriosos de los tres países y que, de muchas maneras, le dieron consistencia a esas identidades.

El problema es pensar si el conflicto se pudo evitar. Este es un gran tema y la gran pregunta de uno de los primeros historiadores de profesión, de Tucídides, en relación a si lo que sucede en la historia es efectivamente inevitable. Hoy en día es difícil juzgar si la Guerra del Pacífico, y otros conflictos, se pudieron o no se pudieron evitar, pero hoy en día sí que podemos comprender las situaciones del pasado de una manera diferente y en una manera más significativa y con mayor proyección en términos de que debemos y podemos evitar nuevos problemas y nuevas fricciones entre nuestros estados. Para ello, entre otras tareas, es necesario hacer nuevamente el recorrido histórico hacia el pasado, partir otra vez revisando las causas que fueron provocando la Guerra, pero también visualizar las formas como ese nacionalismo romántico del siglo XIX se convirtió en un nacionalismo de carácter cultural a lo largo del siglo XX, que siguió caminos de resignificación permanente de esos hechos como elementos sustantivos de lo que siguieron siendo las identidades a lo largo de dicho siglo. ¿Qué es lo que sucedió en consecuencia? El siglo XIX no quedó en el pasado sino que siguió actuando a lo largo del siglo XX y todavía sigue actuando en el presente. El problema es que los contextos de la época han cambiado.

De acuerdo a los contextos conceptuales de Historia, Sociedad, Estado, es que es conveniente preguntarse por el papel actual de la historia como elemento de integración entre sociedades cercanas, lo cual supone el rescatar lo ya señalado respecto a considerar no sólo aquellos elementos comunes que subyacen desde tiempos coloniales, sino también reconocer las diferenciaciones que han venido produciéndose a partir del hecho de que cada una de estas sociedades, organizadas en torno a estados diferenciados, han venido igualmente desarrollando como historias particulares y modos igualmente particulares de escoger

aquellos contenidos que se han considerado como necesarios de subrayar para alcanzar el tipo de identidades que permiten la existencia y la permanencia de lo que llamamos la nación políticamente organizada.

Mirando estas complejas relaciones entre estados, que a menudo olvidan sus responsabilidades comunes recurriendo al pasado, pero sin superar los problemas del pasado, desde las perspectivas de la historia propiamente tal, debemos hablar también desde los tiempos de la historia. Desde el pasado, desde el presente y en prospectiva hacia el futuro. Como lo hemos ya señalado, desde el pasado, nuestro dilema es el cómo relacionar, en términos adecuados, los problemas de la memoria histórica y de la identidad nacional. Nuestras historias más próximas corresponden a realidades y construcciones históricas de no muy larga data. De hecho, actualmente hablamos de nuestras respectivas celebraciones de los bicentenarios, pero no se habla acerca de la celebración del bicentenario de la independencia de Hispanoamérica. Por muchas razones, no discutibles, esta historia es la historia nacional y, por ello, los hechos y procesos que la componen tienen que ver, casi exclusivamente, con lo particular, precisamente con lo acontecido a lo largo de estas dos centurias. Más aún, debe insistirse en que la memoria nacional se ha construido fundamentalmente a partir de la diferenciación y que, más aún, a partir de aquellas situaciones coyunturales y conflictivas que han dividido las sensibilidades de sociedades que, vistas en extensiones temporales mayores, especialmente a partir del desarrollo de la vida cotidiana a través de grandes espacios regionales, en verdad transnacionales, han sido sociedades que más bien comparten una historia con rasgos comunes mucho más fuertes que los que acostumbramos a visualizar.

¿Quién podría negar no sólo la efectividad de estos imaginarios, sino también el papel que han desempeñado en la búsqueda de mejores sistemas republicanos y en el ideal de la formación de una ciudadanía participativa? Aunque todavía podemos discutir acerca de los logros

efectivos alcanzados en términos ciudadanos, de representación y de participación en los beneficios nacionales, no podemos negar que nuestros sistemas educacionales, desde los estados, funcionaron muy asertivamente y que los grandes objetivos de esos sistemas estuvieron muy arraigados a sus respectivas historias nacionales, a sus grandes ejemplos y a sus grandes proyectos, número importante de los cuales habrían arrancado desde los propios sueños de los padres de la patria y del ejemplo que éstos transmitieron para que sus sucesores lucharan por destinos superiores cada vez que las respectivas patrias estuvieron amenazadas en su seguridad externa. Todo ello es cierto, pero se olvidan los contextos en que sucedieron dichos acontecimientos de enfrentamiento y, más aún, que esas llamadas amenazas provenían de sociedades contiguas que poseían el mismo sentimiento histórico y que, además, tenían los mismos problemas y limitaciones. Por razones contingentes, explicables en sus propios contextos históricos, lo que debería haber sido un esfuerzo supremo de colaboración, de amistad, e incluso de franca, pero leal competencia en la disputa del cómo insertarse en los mercados externos a partir de mejores utilizaciones de los recursos disponibles, se transformó en severos conflictos que no sólo perjudicaron a estados victoriosos o derrotados, sino también a cada uno de los miembros de esas sociedades.

Sin embargo, ello es parte de la realidad histórica y, por tanto, contenido muy importante de la memoria histórica nacional actual que, sin embargo, y como lo hemos reiterado, se construyó más en la diferenciación que en la similitud. En todo caso, y en base a ello, es que cada uno de nosotros, representando a diferentes naciones, puede decir, con orgullo y satisfacción, a pesar de disgustos y de descontentos: ¡yo quiero a mi Patria! ¿Significa ello que no debemos apreciar a quiénes son nuestros vecinos? Mayoritariamente, el pasado nos trae conflictos, pero debemos también rescatar acercamientos y solidaridades. Debemos recuperar la historia en sus mayores complejidades y en sus mayores posibilidades. Hacerla más inteligible en términos del pasado y más

interesante en términos de lo que es el presente. No se trata de negar el pasado ni de inventar uno sin conflictos. En el análisis de los conflictos del pasado están los mejores argumentos para lograr efectivamente una cultura de paz, integración y colaboración entre los países vecinos y países iberoamericanos.

Precisamente, desde el presente, esa es la gran tarea de la historia y de los historiadores. A lo largo de nuestra América Latina, cuando buscamos percibir las actitudes existentes respecto a los países vecinos, especialmente cuando se trata de individuos del centro o de las capitales de las Repúblicas, que viven en forma lejana a los espacios de fronteras, notamos desconfianza y hasta cierto punto rechazo a sus similares de los países colindantes. No es necesariamente efecto del peso de la historia, sino mucho más fuertemente de las formas cómo se ha transmitido la historia. Y no me refiero necesariamente al papel de la escuela. En la mayoría de los casos, particularmente en niños, las descalificaciones y desconfianzas hacia los países colindantes se han escuchado y se repiten a través de la familia, del barrio, de los periódicos, de la televisión.

Por lo tanto, nuestras inquietudes tienen que ver con varios niveles de reflexión sobre lo que ha sucedido y sobre las formas de superar todo aquello. En primer lugar, este es problema de la historia y, por consiguiente, problema de los historiadores. Pero también del mundo político, de los gobernantes y de las sociedades. Se trata de visualizar de qué forma, una historia nacional, o unas historias nacionales, que lógicamente están fundadas en sus propios hechos patrios, pueden ampliar sus miradas manteniendo sus sentimientos sin traicionar el amor, el cariño a sus propios países, el cariño a las propias identidades nacionales, sin dañarlas, pero al mismo tiempo, considerando una mayor comprensión de las historias de los otros. En lo particular, se trata de pensar cómo los historiadores, hoy día, pueden hacer síntesis de sus propias historias nacionales con miradas que vayan también más allá de lo nacional, pretendiendo hacer más real una visión social del concepto referido a lo latinoamericano. Ésta es una de las grandes interrogantes en todo análisis de lo que han sido nuestras relaciones en el pasado. Tiene

que ver con la búsqueda de una correcta síntesis entre el valor del pasado y las necesidades del presente. El centro de las preguntas que surgen está en los porqué Chile, Bolivia y el Perú no han podido, hasta ahora, superar una visión única (en cada país) de la historia pasada que ha sido marcada por el siglo XIX. ¿Por qué, después de más de un siglo de la Guerra del Pacífico, ésta sigue siendo una memoria viva? ¿Por qué sigue conformando las mentalidades colectivas de cada una de las sociedades? Efectivamente, el pasado no ha sido convenientemente superado.

En la actualidad, se confía mucho en las ventajas del libre comercio y en la apertura de las fronteras y, en muchos aspectos, puede haber sobradas razones para ello. Sin embargo, las resignificaciones de la historia no pueden partir sólo, o exclusivamente, desde parámetros económicos. Se ha insistido en convenios de libre comercio entre espacios locales, regionales o sectoriales. Ello es importante, pero no lo único importante. Además, no siempre responden a políticas oficiales de Estado a Estado. Una verdadera resignificación histórica, con carácter y miradas de integración responde, por una parte, desde la perspectiva del pasado, a la búsqueda de miradas comunes, especialmente en lo que podríamos llamar una nueva historia socio-cultural. Por otra parte, desde la perspectiva del presente, el eludir las repeticiones de las experiencias del siglo XIX, por ejemplo, la de las competencias entre los estados para obtener posiciones favorables respecto a las economías más desarrolladas descuidando los propios entornos de vecindad. El privilegiar por cuestiones coyunturales y de mediano plazo a comunidades económicas externas, puede conllevar al acrecentamiento de las problemáticas regionales. Frente a la competencia, convendría más la complementariedad.

Entre pensamientos y acciones concretas, el punto principal de las situaciones conflictivas todavía existentes entre Bolivia, Chile y el Perú, a propósito de los aún permanentes efectos de la Guerra del Pacífico, está en dilucidar los mejores canales que permitan efectivamente, sin negar la historia de lo sucedido y quizás entendiéndola mejor, poder superar los problemas pendientes para avanzar más

decididamente por los caminos de la integración. Todo indica, al parecer, que la historia como disciplina y enseñanza tiene que jugar un papel fundamental en lograr avances precisos en esa dirección.

Por el momento, aquí no se ha respondido definitivamente respecto a la pregunta inicial del para qué sirve la historia, pero es evidente que reflexiones como éstas nos posibilitan entregar respuestas o aproximaciones poco más acertadas hacia la utilidad que ella puede ofrecer en el mejoramiento de las relaciones en el presente y en el futuro de nuestros países. Como se ha señalado anteriormente, quizás estos tiempos sean de los más favorables para pensar en el ejemplo de la vieja Europa, dividida y arrasada por sus propias fuerzas internas y verla, ahora, convertida en la nueva Europa, la de la Comunidad, que ha hecho serios esfuerzos para combinar adecuadamente identidad nacional y memoria histórica.

Mis colegas aquí presentes, han realizado unas magníficas síntesis de lo que han venido siendo nuestras historias. Ninguno de nosotros niega nuestros conflictos del pasado, pero todos nosotros abogamos, efectivamente, por buscar los caminos que nos conduzcan a una historia del futuro más solidaria, más amistosa, más integrada, más común, más comprometida con los requerimientos de nuestras sociedades enfrentadas a los cambios del siglo XXI. Mirando y recreando los significados de nuestros bicentenarios, la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, con la historia y desde la historia, en la inauguración de su Año Académico 2010, convoca a construir ese espíritu de mayor integración y a encontrar unas nuevas repuestas a los significados profundos de nuestra vida y responsabilidad histórica.

---

Eduardo Cavieres Figueroa

Doctor en Historia, especialista en historia económica, profesor e investigador en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y en la Universidad de Chile. Es autor de numerosas publicaciones, académico visitante en instituciones extranjeras y Premio Nacional de Historia 2008.





Edición al cuidado  
de la Dirección General  
de Comunicaciones

Pontificia Universidad  
Católica de Valparaíso

Diagramación:  
Max. Valdivia

Impresión:  
Lito Garín  
Valparaíso

Marzo 2010